



Comentario bibliográfico

Ohler, Norman: *High Hitler. Las drogas en el III Reich*, Buenos Aires, Critica, 2016.

Alberto Rosé

Universidad de Buenos Aires

titorose59@gmail.com

Fecha de recepción: 21/07/2017

Fecha de aprobación: 31/10/2017

Este no es un libro de historia. Se trata, en cambio, de un aprovechamiento malo de fuentes historiográficas con la intención de producir impacto. Es el propio autor, novelista y periodista alemán nacido en los años 70, quien revela sus intenciones en el prólogo, confesando que se trata de “una perspectiva distorsionada (y) no convencional” (p. 11) y en el transcurso de su obra incluirá confesiones culposas al respecto. El libro está estructurado en dos partes, en cada una de las cuales el periodista, rescatando valiosas e inéditas fuentes documentales, se ocupa de dos asuntos distintos: en la primera parte, Ohler describe a Alemania como una nación de adictos euforizados por el uso cotidiano de drogas estimulantes, hecho que está descripto con tanta naturalidad y cotidianeidad que se convierte en una fantasía improbable. El autor llega a dar por cierto que el cuarenta por ciento de los médicos berlineses eran morfinómanos, lo que es seguramente difícil de sostener con seriedad. Para Ohler, Alemania era la patria del consumo desenfrenado y extendido de anfetamina y sus derivados químicos. Este argumento lleva ínclito el peligro de justificar en el uso de drogas el apoyo popular a Hitler, ya

que la ideología o la propaganda, hipótesis tradicionalmente esgrimidas con anterioridad, no son siquiera mencionadas.

El uso permanente de expresiones contemporáneas del mundo de las drogas (yonki, chute, burnout, camello, meta) hacen más incómoda aún, si eso fuera posible, la lectura del libro. Encontrar frases como “Hitler, quien, aparentemente, hasta en los procesos fisiológicos internos veía una lucha por el *Lebensraum*, el “espacio vital” necesario para la expansión germánica” (p.40) genera hilaridad debido a la naturalidad con que son expuestas. Además, Ohler abusa de otro recurso que degrada su obra desde la perspectiva de quien busca fundamentos serios a las hipótesis planteadas, y es que recrea fantasmiosamente y con recurrencia escenas con la certidumbre del testigo presencial, lo que nos trae a la memoria obras que han sido objeto de acertadas controversias por abusar de un recurso literario alejadísimo del ensayo histórico.

La campaña bélica en Francia, asegura Ohler, tuvo en la *Pervitina* (metanfetamina) su piedra filosofal; batallones de infatigables soldados liquidaron toda oposición gracias a transformarse, por el uso de estas drogas, en incansables superhombres. Ohler se anima a sostener descabelladamente que la Pervitina reemplazaba en el frente occidental a la motivación nacionalista de la Primera Guerra Mundial. Ocurre que cuando se hace el cálculo de los volúmenes de remesas de Pervitina enviadas al frente, vinculado al número de hombres y de días de combate, la cifra de consumo per cápita del derivado anfetamínico no puede explicar la tesis de Ohler, quien se cuida muy bien de hacer esta cuenta. Para el autor son 35 millones de dosis y eso alcanza para explicar poco menos que el éxito de la *Blitzkrieg*. Era, dice Ohler “la primera fuerza armada del mundo que apostó por una droga química. (...) Empezaba una nueva forma de hacer la guerra” (p. 84). Tampoco trepida el periodista en asegurar que el abandono de la ofensiva alemana en Dunkerque fue producto de la adicción a la morfina de Göering y su megalomanía.

En la segunda parte del libro, Ohler recoge las fuentes del médico de cabecera de Hitler, Theo Morell, y las acomoda para servir así a su hipótesis de un Adolf Hitler adicto a una variedad notable de alcaloides, sometido a permanentes cócteles de polifármacos (que se incrementaron tras el atentado de julio de 1944) y desmoronándose en los últimos días por sucesivas crisis de abstinencia. Ohler de manera antojadiza vincula una anotación de Morell con la administración de *oxicodona* o *Eukodal* (el mismo autor afirma que podría tratarse de suero glucosado) y desde allí construye parte de su argumentación para intentar explicar las conductas erráticas de Hitler lue-

go de la derrota en el frente oriental. Lo curioso es que ningún biógrafo del Führer, muchos de ellos prestigiosísimos académicos, haya señalado con anterioridad estos consumos frenéticos y el deterioro físico provocado por las carencias de fármacos durante los últimos días de su vida. Para intentar atajarse de seguras críticas impiadosas el autor escribe: “ni los objetivos, ni los motivos, ni el delirio ideológico fueron el resultado de las drogas, porque ya todo estaba determinado desde mucho antes. Tampoco asesinó Hitler debido a una ofuscación, al contrario, estuvo en plena posesión de sus facultades hasta el final. El consumo no coartó en absoluto su libertad de decisión. Hitler siempre fue dueño de sus actos, siempre supo lo que hacía, actuaba a sangre fría y con la mente despierta. Dentro de su sistema basado desde el principio en el éxtasis y la huida de la realidad, actuó consecuentemente hasta el último momento con una coherencia espantosa y nunca desde la locura. Un caso típico de *actio libera in causa*: por muchas drogas que tomara para mantenerse en el estado en el que podía cometer sus crímenes, aquello no lo eximía de su monstruosa culpa” (p. 214). Y más adelante vuelve sobre sus pasos nuevamente asegurando que “si la tesis central es que las drogas en el Tercer Reich se utilizaron como potencial de movilización artificial para compensar la creciente falta de motivación y mantener operativa a la camarilla dirigente, entonces debemos recalcar que el capítulo más oscuro de la historia de Alemania no se descarrió porque se tomaran demasiadas sustancias adictivas. Estas solamente reforzaron algo que ya estaba predispuesto” (p. 261). Los párrafos citados se transforman en un firme mentís de todas sus hipótesis descriptas con anterioridad, lo que termina dejando perplejo al lector, ya que la obra transcurre en la dirección opuesta.

La aparición del libro generó un intenso debate en los medios debido a las contradicciones que aquí señalo y al mal uso y tergiversación de las fuentes que hace Ohler, garantizándose un fulminante éxito editorial así como también el repudio de un ejército de historiadores que le quitan seriedad a sus hipótesis; Ohler consiguió el inesperado apoyo de Hans Mommsen, miembro de una prestigiosísima familia de historiadores germanos, hecho que fue aprovechado y registrado en la solapa de todas las ediciones de su libro. En definitiva, las circunstancias hicieron que valiosas fuentes bibliográficas cayeran en manos de un periodista que afirma haber escrito un ensayo histórico; nada más alejado de la realidad. La necesidad de producir impacto en el lector, y seguramente en las ventas —su obra ya fue traducida a 25 lenguas—, malogra un proyecto que desaprovecha, al tergiversarlas, fuentes que en manos de un autor serio podrían haber sido utilizadas con rigor histórico.